Hay imágenes que valen más que mil documentos. Y hay gestos que, aunque se presenten como simples actos de cortesía o de diálogo, poseen una fuerza simbólica tan grande que terminan provocando desconcierto, debate y una profunda inquietud entre los fieles.

Eso es precisamente lo que ha sucedido recientemente en Roma, cuando durante una peregrinación ecuménica, la dirigente anglicana Sarah Mullally —presentada como “obispa” dentro de la Comunión Anglicana— apareció orando en las tumbas de los Apóstoles y, según las imágenes difundidas, impartiendo una bendición cerca de la tumba de San Pedro, en el mismo corazón del Vaticano.

Para muchos, se trató simplemente de un gesto de cordialidad ecuménica.

Para otros, especialmente desde una sensibilidad católica tradicional, la escena ha sido profundamente escandalosa.

No por falta de caridad.

No por rechazo personal.

No por desprecio hacia los anglicanos.

Sino porque la cuestión no es emocional, sino doctrinal.

La pregunta no es si debemos dialogar.

La pregunta es si ese diálogo puede expresarse de una forma que oscurezca la verdad católica.

Y cuando se trata de la tumba de San Pedro —el símbolo visible de la unidad de la Iglesia y del primado apostólico— la prudencia no es opcional: es una obligación.

Este episodio nos obliga a reflexionar seriamente sobre el verdadero sentido del ecumenismo, sobre la doctrina católica respecto a las órdenes anglicanas y sobre el peligro real de convertir los gestos simbólicos en fuentes de confusión para el pueblo fiel.

Porque no todo gesto amable edifica.

Y no toda cercanía visible ayuda a la claridad de la fe.

¿Quién es Sarah Mullally y por qué este gesto ha causado tanta polémica?

Sarah Mullally es una de las figuras más relevantes dentro del anglicanismo contemporáneo. Como alta autoridad de la Comunión Anglicana, representa una estructura eclesial separada de Roma desde el siglo XVI, cuando Enrique VIII rompió con la Iglesia Católica y dio origen al cisma anglicano.

Ese hecho no fue una simple diferencia administrativa.

Fue una ruptura eclesiológica, sacramental y doctrinal de enorme profundidad.

Desde entonces, la Iglesia Católica ha mantenido una postura clara respecto a la validez de las órdenes anglicanas.

Y aquí está el núcleo del problema.

En 1896, el Papa León XIII publicó la bula *Apostolicae Curae*, donde declaró solemnemente que las órdenes anglicanas eran:

“absolutamente nulas y completamente inválidas”

No ambiguamente.

No parcialmente.

No “en proceso de reconocimiento”.

Sino inválidas.

Esto significa que, desde la doctrina católica, el sacerdocio y el episcopado anglicano no poseen validez sacramental en el sentido católico.

Por tanto, desde la fe católica, no existe realmente un “obispo anglicano” en sentido sacramental.

Y mucho menos una “obispa”, dado que la Iglesia Católica enseña de forma definitiva que no tiene autoridad para conferir la ordenación sacerdotal a mujeres.

Por eso, ver a una figura femenina anglicana impartiendo una bendición junto a la tumba de San Pedro genera inevitablemente una pregunta seria:

¿Qué mensaje recibe el fiel sencillo que observa esa imagen?

Porque la teología puede matizar.

Pero las imágenes catequizan.

Y a veces confunden más que explican.

La tumba de San Pedro no es un lugar cualquiera

Aquí no estamos hablando de un encuentro protocolario en una sala diplomática.

No estamos hablando de una conversación académica.

Estamos hablando de la tumba del Apóstol Pedro.

Del lugar donde la tradición cristiana reconoce el martirio y sepultura del primer Papa.

Del corazón simbólico del primado romano.

Del lugar donde millones de católicos peregrinan para renovar su comunión con la Iglesia fundada sobre la roca apostólica.

San Pedro no representa simplemente una figura histórica.

Representa la autoridad visible confiada por Cristo:

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16,18).

Por eso, todo lo que ocurre allí tiene un peso inmenso.

No es un espacio neutro.

Es un lugar profundamente catequético.

Una bendición impartida junto a esa tumba no es percibida como un gesto cualquiera.

Tiene una carga doctrinal, aunque no se quiera.

Y precisamente por eso muchos fieles se sintieron desconcertados.

Porque cuando la simbología supera la explicación oficial, la percepción pública puede ser devastadora.

El problema no es el diálogo, sino la ambigüedad

Es importante decirlo con claridad: la Iglesia no rechaza el diálogo.

El auténtico ecumenismo no consiste en hostilidad, desprecio o arrogancia.

Cristo mismo pidió la unidad.

Y la Iglesia desea sinceramente la reconciliación visible entre los cristianos.

Pero esa unidad no puede construirse sobre la confusión doctrinal.

La unidad no consiste en fingir que no existen diferencias.

La caridad no consiste en silenciar la verdad.

El ecumenismo no puede convertirse en teatro simbólico donde todos parecen iguales aunque doctrinalmente no lo sean.

Porque entonces ya no sería unidad.

Sería relativismo litúrgico y pastoral.

San Juan Pablo II insistió en que el verdadero ecumenismo exige claridad doctrinal.

Benedicto XVI advirtió repetidamente contra un falso irenismo que diluye la verdad para evitar tensiones.

Y la Tradición católica siempre ha sostenido que la caridad sin verdad termina siendo sentimentalismo religioso.

No se trata de humillar a nadie.

Se trata de no confundir a todos.

Apostolicae Curae: una enseñanza que no puede ignorarse

Muchos hoy parecen actuar como si la declaración de León XIII fuera una reliquia incómoda del pasado.

Pero no lo es.

Apostolicae Curae sigue siendo una referencia doctrinal fundamental.

La razón no fue meramente disciplinaria.

León XIII explicó que el problema afectaba a la forma sacramental y a la intención con la que se reformó el rito anglicano de ordenación.

Es decir: no era una cuestión política.

Era sacramental.

Por eso la Iglesia concluyó que la sucesión apostólica válida había sido interrumpida.

Sin sucesión apostólica válida, no hay sacerdocio sacramental válido.

Sin sacerdocio válido, no hay Eucaristía válida en sentido católico.

Y sin esa realidad, no puede hablarse de equivalencia sacramental.

Este punto no es una opinión tradicionalista extrema.

Es doctrina católica formal.

Por eso muchos fieles sienten que ciertos gestos públicos parecen contradecir visualmente lo que la Iglesia sigue enseñando doctrinalmente.

Y esa tensión genera heridas.

La cuestión femenina: una ruptura aún mayor

Además, existe otro punto todavía más delicado.

Sarah Mullally no es simplemente una autoridad anglicana.

Es una mujer presentada como “obispa”.

Y aquí el problema doctrinal se vuelve todavía más evidente.

San Juan Pablo II, en *Ordinatio Sacerdotalis* (1994), afirmó que la Iglesia no tiene autoridad para conferir la ordenación sacerdotal a mujeres.

No dijo que aún se estuviera estudiando.

No dijo que dependiera de la cultura.

No dijo que fuera una cuestión disciplinar revisable.

Dijo que debía ser sostenido definitivamente por todos los fieles.

Por tanto, la ordenación femenina no es simplemente una diferencia administrativa con el anglicanismo.

Es una ruptura directa con la comprensión sacramental y apostólica del sacerdocio.

Por eso, permitir una imagen de bendición episcopal femenina en un lugar tan central del catolicismo no puede ser leído como un gesto neutro.

Tiene consecuencias pedagógicas.

Y las consecuencias pedagógicas, en la Iglesia, importan mucho.

El fiel sencillo y el escándalo silencioso

Muchas veces quienes organizan estos gestos piensan en términos diplomáticos.

Pero el pueblo fiel piensa en términos de fe concreta.

Una abuela que reza el Rosario.

Un joven que lucha por defender la doctrina.

Un sacerdote que intenta enseñar con claridad.

Una familia que busca fidelidad en medio del caos moderno.

Todos ellos miran esas imágenes y se preguntan:

“Entonces… ¿todo da igual?”

“¿Ya no importa la sucesión apostólica?”

“¿Da lo mismo ser católico que anglicano?”

“¿Lo que antes era inválido ahora ya no lo es?”

Y aunque oficialmente la respuesta sea no, el impacto visual ya ha sembrado la duda.

Ese es el verdadero problema.

El escándalo no siempre consiste en herejías explícitas.

A veces consiste en ambigüedades públicas.

Y la ambigüedad prolongada erosiona más que una confrontación clara.

¿Cómo debería vivirse el verdadero ecumenismo?

Con respeto.

Con caridad.

Con oración.

Con deseo sincero de unidad.

Pero también con verdad.

Con identidad católica clara.

Con fidelidad doctrinal.

Con símbolos bien cuidados.

No todo debe hacerse en cualquier lugar.

No toda cortesía necesita expresión litúrgica.

No toda amistad requiere gestos que puedan interpretarse como reconocimiento sacramental.

El verdadero ecumenismo no busca que todos parezcan iguales.

Busca que todos caminen hacia la plenitud de la verdad.

Y para un católico, esa plenitud no es una idea abstracta.

Tiene nombre visible: la Iglesia fundada por Cristo sobre Pedro.

La caridad auténtica no consiste en ocultar eso.

Consiste en invitar con humildad y claridad hacia esa plenitud.

San Pedro sigue preguntando

Tal vez el lugar más elocuente de todo este episodio sea precisamente la tumba de Pedro.

Porque Pedro no fue llamado a negociar la verdad.

Fue llamado a confirmarla.

Cristo le dijo:

“Confirma a tus hermanos” (Lc 22,32).

No les confundas.

No les tranquilices en el error.

No diluyas la fe para evitar conflictos.

Confírmalos.

Hoy esa palabra sigue resonando.

Especialmente en Roma.

Especialmente en tiempos donde la confusión se presenta muchas veces como misericordia.

La Iglesia debe amar a todos.

Pero amar no significa borrar las fronteras doctrinales.

Significa tender la mano sin soltar la verdad.

Y quizá esa sea la gran lección de este episodio.

No basta con preguntarnos si el gesto fue amable.

Debemos preguntarnos si fue claro.

Porque en la Iglesia, la claridad también es caridad.

Y junto a la tumba de San Pedro, esa claridad no debería faltar jamás.